

LA LUCHA CONTRA LA VIRUELA, PESTE DE LA BELLEZA

Así como la Ciencia descubre secretos del organismo y trabaja por aumentar el caudal que ya posee de los de la Tierra y del Cielo, domina muchas veces también las fuerzas naturales y, atajando los pasos de la enfermedad, alarga la duración de la vida media. Hay dolencias que están a punto de desaparecer. La Humanidad ha perdido ya la memoria de los espantosos estragos de una que casi pertenecería a la historia a no impedirlo la incuria de los hombres en algunos países. Si deseáis saber lo que era la viruela hace poco más de un siglo, preguntárselo a la mueca horrible de la muerte a través de los sesenta millones de humanos que se llevó de Europa durante el siglo XVIII. Bien podría decirse de ella que con igual pie entraba *pauperum tabernas, regumque turres*: lo mismo en la choza del pobre que en el palacio de los reyes. Tenía razón el doctor Storck hace doscientos años: «La viruela, como el amor, no perdona a nadie.»

¡Y qué espantosa enfermedad! Copiándome a mí mismo, podría decir que muy pocas a ella son semejantes. De todas las enfermedades, decía yo en ocasión de público discurso, «que infunden a la vez temor y repugnancia, pocas como ella. Pústulas asquerosas que cubren la piel, la hinchan y la deforman y convierten en máscara la noble faz humana; que atacan a las mucosas, impiden tragar y apagan la vista. Supuraciones extensas a veces y hemorragias terribles; costras que siempre hacen de la cubierta del cuerpo la rugosa de un árbol viejo; y luego, si la salud tan ansiada llega, cicatrices indelebles como estigmas de la triste miseria padecida. Añadid a esto el contagio fácil y rápido, la causa desconocida, el tratamiento inseguro y la muerte probable, y decidme si no hay que bendecir al hombre que nos trajo con la sencilla vacuna medio seguro de escapar a la asquerosa pestilencia que arrebatava en otros tiempos centenares de miles de seres, que vendía la curación a los humanos sólo al precio de la fealdad, y a la que la mitad de los ciegos del mundo debían su dolor.»

Antes que Jenner, a quien se debió tal victoria sobre la enfermedad y la muerte, se había creído encontrar un medio para conseguirlo. Producir a voluntad una viruela natural que se pretendía que fuera benigna y que dejaba al enfermo libre en lo sucesivo de otro ataque posiblemente mortal. Era esto la variolización; venía de Oriente. Una dama, Lady Montaigne, esposa del embajador inglés en Constantinopla, la había preconizado como ventajosa en Inglaterra.

Tenía el nuevo método una larga historia de éxitos en pueblos lejanos, y parecía las más veces sin peligro. Además, la práctica demostraba que daba inmunidad. Pero la oposición del misonismo fué enconada y tumultuosa. En vano se pusieron de parte de los inoculadores hombres ilustres; en vano fueron asistidos de la autoridad de Voltaire, del gran crédito científico de La Condamine, de D'Alambert y Diderot, de la influencia del duque de Orleans y del prestigio del médico Bordeu. La marea creció en su contra, formidable. A La Condamine llamábase la gente «el Don Quijote de la variolización». El conde de Lauriguais, entusiasta del nuevo método, fué conducido a la ciudadela de Metz. Al médico ginebrino Tronchin, que se dedicaba con éxito a variolizar, le asaltó el populacho en la calle, le destrozó el coche y le puso en grave riesgo de perder la vida.

Y el Parlamento, que no parecía muy dispuesto en favor del nuevo procedimiento, pedía informe a la Facultad de Medicina y a la de Teología de París! Esta, sobre todo, muy a propósito para dar luz sobre materia de tal índole. Al fin, la Facultad, aunque en un principio no se mostraba muy preparada para la

tolerancia, opinó afirmativamente por 52 votos contra 25. Pero lo que inclinó la balanza del lado favorable, hizo perder el miedo y empezó a vencer a los rabiosos misonistas fué la gentil docilidad para inocularse que mostraron algunas personas de la aristocracia y miembros de la familia real. Motivos tenía ésta para ceder a ello, porque durante dos siglos fué fieramente castigada por la viruela. Luis XIV había visto caer, uno tras otro, a muchos seres queridos. Luis XV murió de ella a los sesenta años, sin que la vejez le librara, a pesar del dicho vulgar. Al fin, el día 18 de Junio de 1775 se variolizaba el rey Luis XVI y algunos de los suyos. Al doctor Richard, que fué el que les practicó la inoculación, la gente le apellidaba después «Ricardo corazón de león» y «Ricardo el sin miedo». La batalla estaba ganada. Pero estaba ganada cuando era ya casi innecesaria. Por aquel tiempo, en Inglaterra, un médico obscuro del Gloucestershire, llamado Jenner, recogiendo una noción vulgar arraigada en las gentes del campo, se propuso sacar partido de ella. Habíase notado, en efecto, que los ordeñadores de vacas que adquirían la enfermedad de unas pústulas padecidas por éstas no solían tener ya en su vida la viruela. ¡Estaba en incubación uno de los más útiles inventos que ha habido en el mundo!

Jenner observó, estudió, recogió casos numerosos, ensayó, comprobó y llegó de este modo al conocimiento de que la inmunidad referida no era una fábula. Inundóle el espíritu una gran claridad que fortaleció su ánimo a la vez para resistir la avalancha que iba a echarse encima. Si hubiera sido un sabio enfatuado, montado en los zancos de la autoridad, quizá hubiera pasado indiferente junto a aquella creencia vulgar campesina de que las pústulas de la vaca evitaban la viruela. Pero Jenner fué realmente más sabio en su modestia. Con ella y el estudio descubrió la verdad salvadora que hacía tiempo esperaba en los establos de Gloucestershire ser recogida por un cerebro reflexivo.

Otros médicos apartaban desdeñosamente a los campesinos, que, deseosos de probar cómo era cierta la inmunidad adquirida por ellos gracias a las pústulas contagiadas de las vacas, se prestaban valientemente a ser inoculados de la verdadera viruela. ¡Cuentos de gente ignorante a la que no había que hacer el menor caso! ¿Podía verse mayor prueba de punible indiferencia en los mismos que estaban más obligados a inquirir la verdad?

Jenner, sin embargo, no descansaba en la propaganda. La vacuna era su obsesión. «Por ahí viene Jenner—decían a veces sus amigos—; vais a ver cómo va a hablarnos de su *cowpox*.» Y el francés Bressau decía también de él: «¡Qué original es este inglés y qué mal hace en tomar en serio esos cuentos populares sobre los granos de la vaca; todo ello es una patraña!» Y el pobre campesino Jetsy, que, como ya os he dicho, se atrevió a vacunar a su mujer y a sus hijos, era apedreado y acusado por la gente de querer convertir a su familia en bueyes y vacas, no faltando quien le llamara *inhuman brute*: bruto inhumano. Parecía que aquellos instrumentos de un ciego y bárbaro misonismo hubieran conocido lo del gran Kant, desde su apartado rincón de Koenisberg, que calificaba a la vacuna de Jenner de «inoculación de la bestialidad». Suerte ha sido la de Voronof de nuestros días de no haber vivido en aquellos tiempos para no haber sido apedreado y asimismo acusado de intentar hacer titis trepadores o gorilas salvajes de sus hombres injertados de mono.

Tardó algo Jenner en convencer a la gente. Cuando presentó sus trabajos a la Sociedad Real de Londres, esta sabia Corporación no quiso insertarlos en sus Anales. Qué castigo para los incrédulos, los escépticos, los testarudos o los malévolos misonistas de la vacuna, si a todos los miles de humanos que murieron durante el tiempo en que por su causa no osaron o no pudieron vacunarse para evitar la viruela, una voz poderosa y justiciera les hubiera gritado: «¡Arriba los muertos! Presentaos a los que tuvieron la culpa de vuestra desgracia y amargad sus días y entristeced sus noches con vuestra visión macabra.»



Jenner



Lady Montaigne